

¿Cuántas veces puede gritar la noche?

Aarón Alejandro Romo Arceo

*¿Cuántas veces
puede gritar la noche?*



Aarón Romo

Capítulo 1

-Por favor... – dijo, entre sollozos – por favor.

Efectivamente. Cero misericordias.

Sin previo aviso, el reino de la oscuridad diezmaba todo ahora.

Capítulo 2

MAURICIO

Si debía ser sincero consigo mismo, todavía tenía hambre. Trató de ver el lado bueno, pues tampoco le agradaba la idea de estar subiendo de peso, e incluso eso hubiera sido un consuelo patético y pobre, porque no es lo mismo no poder comer dado que debes ahorrar comida a hacer una dieta rigurosa que tu fuerza de voluntad te permite mantener. Mauricio no estaba a dieta, ya no al menos, y si todavía escuchaba a su estómago pidiendo que se llenara un poco más, era porque en verdad debía ahorrar los alimentos que había comprado en el supermercado hace ya tres días. También porque quien necesitaba más todavía el alimento era Alex, aquel pequeño por quien sería capaz de morir de hambre.

Tuvo que conformarse con la mitad de una manzana que acompañara a sus tripas durante lo que quedaba de la noche. Alex había cenado un tazón de cereal. Pidió un plato más, y aunque el pecho se le llenaba de tristeza, dijo que no, que no podía. Las cenas también estaban racionadas para durar una semana exactamente. El gasto semanal de comida sólo podía competir con la maldita electricidad y el agua, y el dinero que ganó al vender su vehículo ya casi se agotaba y necesitaba pagar la colegiatura de Alex en aquella escuela privada. Entrar a primero de primaria no era poca cosa, aunque muchos pudieran creer lo contrario. No discriminaba a nadie, pero una escuela pública no iba a formar parte de la infancia del niño. Aún recordaba cómo se reían de él en el trabajo por querer hacerse pasar por burgués en lugar de no reconocer que, como almacenista, ganaba el sueldo de un almacenista, en una empresa pequeña que ni siquiera pagaba las horas extra. "Mételo a una pinche escuela pública", claro, una escuela pública, todos sus hijos estudiaron en una y hablaban de ellos como si fueran a recibir el premio de Hijos del Año; parecía que eran ellos los que carecían de la capacidad de reconocer las cosas; todos sus putos hijitos eran pobres pendejos que representaban el fracaso de la educación en México, seres idiotas que se juntaban a fumar y su presencia rara vez se notaba en las aulas de clase. Le sobraban dedos al contar las escuelas públicas que pueden ofrecer un nivel educativo que pueda ser considerado decente, pero quedan muy lejos de la casa, y las escuelas de la colonia le daban ganas de vomitar. No tienen suficientes sillas, los gastos siempre están descompletados y realizan cada determinado tiempo cambios en horarios y funciones de los maestros, quienes se limitan a imitar a seres sin alma, con ninguna clase de empatía.

Se reían; quizá no soltaban carcajadas, pero de verdad parecían desear hacerlo, recordarle a Mauricio que el precio de morir de hambre para que un niño pueda asistir a una escuela lejos del alcance de sus pequeñas

yemitas era demasiado alto, y con poca gratificación. Que se siguieran riendo, no le importaba, Mauricio los odiaba de cualquier forma, y sus palabras, más que veneno, se limitan a ser consideradas mala inversión de saliva y oxígeno. No era su asunto lo que pudieran pensar sus compañeros. Su único asunto era ver que Alex pudiera, no únicamente tener un buen futuro, sino tener un futuro, para empezar.

La noche y los brillantes postes de luz anaranjada saludaban a través de la ventana. Mauricio no pudo evitar acercarse a ella mientras sostenía su segundo vaso de agua, la cual le ayudaba a sentirse lleno, sin ganas de seguir comiendo. Llegado un punto, casi sentía náuseas.

Miró a la calle, vestida con restos de lluvia, inerte ante los resplandores naranjas. La televisión podía aburrirle a veces; recordaba cuando se lamentaba por no poder pagar un servicio de cable, aunque esos lloriqueos terminaron cuando cayó en la cuenta de que carecía de tiempo para verla. Incluso, al pensar en Alex, no sentía que fuera necesario; el niño jamás estaba aburrido, se la pasaba en otros universos creados por sus juguetes, lo cual prefería. En la televisión nunca pasaba nada bueno, sólo propaganda de mierda política, y estupideces hípsters; internet era lo mismo, sólo que, aparte, incluía basura en exceso de los degenerados LGBT. Prefería mirar la calle bajo el cielo cubierto de estrellas o en estrecha neblina, imaginar las vidas de la gente que transitaba por ahí, sentir la tranquilidad que a veces emanaba sin previo aviso. Multiplicado por mil veces, siempre prefería mirar la calle. De momento, la escasez de sonidos en el ambiente nocturno hacía compañía, y sólo era perturbado por los motores de los automóviles y sus llantas raspando el asfalto mojado. No había nada mejor que la calle después de llover; su nariz lo agradecía; el olor a humedad y tierra era más adictivo que una droga. A Carolina y a él les gustaba poder sentir juntos el aroma de las hierbas haciendo el amor con el agua de lluvia. Ellos también hacían el amor, ya sea durante o después de que cayera (eso no implica que sólo hicieran el amor cuando lloviera). Cuando se casaron, él todavía estaba en forma, con un cuerpo que podía recordar a un atleta; ahora, una exigua pancita le cubría un abdomen que durante algún tiempo estaba duro como el acero, pero eso cambió luego de que Carolina se fuera para nunca más poder regresar, esa mujer tan hermosa, una hermosura que hacía quedar a la palabra insuficiente, una hermosura que implicaba atención, implicaba ser parte de una personalidad, implicaba ser una madre maravillosa, una madre maravillosa que quizá Alex jamás podrá recordar.

A veces se preguntaba si, de haber sabido la clase de mujer que era, el asaltante que la asesinó hubiera podido recapacitar antes de robarle la vida.

No importaba si era la madre Teresa, pensó Mauricio.

Sabía que cinco puñaladas en el estómago y las costillas estaban destinadas a marcar el final de Carolina.

El final de sus recuerdos fue un apagón. Ni siquiera había parpadeado cuando las luces, no sólo de su casa, sino también de toda la colonia, parecieron haberse extinguido. Todo fue oscuridad plena y concreta durante fracciones de segundos no contados en su cabeza, pero poco a poco, las siluetas del mundo volvieron a hacerles presentes en sus extendidas pupilas rodeadas de negro.

-Putá lluvia – a veces, era una relación de amor/odio.

Fue hasta su recámara, caminando despacio. Le hubiera gustado encontrar la linterna sobre su librero, pero sabía que no estaba ahí. No la preparó, ni la dejó a la mano, pues no tenía contemplado que la luz se iría. Puede llover, pero no siempre se irá la luz. Puede irse la luz, pero no siempre en presencia de lluvia. Buscó con cuidado entre su ropero, palpando tela y algodón. Tomó la linterna, guardada entre sus calzoncillos. La encendió, brindando un rayo de luz blanca a los rincones de la casa.

Afortunadamente, Alex dormía. Esperaba que no se hubiera levantado. No le extrañaría que todavía padeciera del terror a la oscuridad. Mauricio lo tuvo hasta los diez años. Caminó con cuidado. Ya sólo cabía en su mente ir a ver al niño, y quería imaginárselo durmiendo, imperturbable. Abrió la puerta del cuarto y lo primero que vio fue un conjunto de circunferencias luminosas plasmadas en la pared, bailando al ritmo de la linterna pequeña que Alex sostenía entre sus manos, la misma que su papá le había regalado hacía ya un año.

Entre sus bracitos, descansaba una sábana azul con rayas blancas, abrazada como si fuera otro pequeño bebé.

-Hola, papá – dijo Alex – Perdón, pero no quise molestarte.

Mauricio se acercó a él.

-Creí que dormías.

-No tenía mucho sueño, papá.

Casi se le salía una lágrima cuando escuchó un prolongado grito que, sin duda alguna, siempre marcaría los recuerdos de todos aquellos que jugaron el más mínimo papel aquella noche.

Capítulo 3

LUCÍA

Lucía contemplaba el té que se había servido hacía ya unos dos minutos mientras castigaba sus dedos con el calor de la taza blanca que ya había sido invadida por la alta temperatura del agua hirviendo. Se dio cuenta de que dolía, el calor dolía, pero podía aguantarlo. Creía que ya podía aguantar cualquier cosa. No estaba tomando el té de momento. No tenía prisa, no tenía sed, ni siquiera tenía la intención de aprovechar las propiedades que ofrecía la manzanilla dentro de una pequeña bolsita. Sólo tenía intención de sentir un poco de nostalgia, cuando tomaba el té con su papá, y eso era antes de que se mudara de casa de sus padres. Antes de que su madre decidiera que esa perra flaca y mal alimentada debía independizarse.

Siempre le decían "flaca". No era de cariño, no era porque su complexión delgada y con siluetas que carecían de atractivo permitieran que se le pudiera decir "flaca". Bueno, sí era por eso, pero no era de cariño. Nunca nadie le decía nada de cariño, en realidad. Su padre lo hacía, siempre lo hizo. Sólo podía recordarlo como un gran papá, porque ya sólo quedaban eso: recuerdos. Recuerdos de un gran padre que no tenía mucho de haber muerto. Habían pasado ya casi dos años, y Lucía aún era incapaz de superarlo como era debido. Pero, ¿cómo era debido, exactamente? ¿Realmente puedes olvidar el dolor? No puedes olvidar. Siempre sabrás que alguien murió, y la sombra de lo que fue nunca podrá marcharse. El dolor no se olvida, no se olvida jamás. Lo necesitas, de lo contrario, será como si aquella situación careciera de un significado.

Sopló un par de veces, empujando el vapor que emanaba de la taza, mientras podía sentir el olor de la humedad que generó la lluvia. Era agradable, relajante. Cierta paz surgía, de pronto. También podía recibir el saludo del frío nocturno; llevaba rato sintiéndolo, sólo que no se había dado cuenta.

La paz en ella era precaria. No tardaron en surgir las memorias de aquellas noches en los brazos de Abraham, sumergidos en una hamaca o en su cama matrimonial (la cual vendió poco después de que él se fue). Un hombre atento, atractivo, cuyas palabras poseyeran una dulzura poética. Ese era un pequeño prototipo (uno hegemónico) que ella sabía que no podía poseer. ¿Hubiera imaginado que alguna vez, un tipo como Abraham, cuyo perfil podía acoplarse casi a la perfección a ese prototipo mercadotécnico, sentiría atracción hacia una mujer como Lucía? Claro que sí, muchas veces, sólo como fantasía, a veces sola, en casa de sus padres, a veces sola, en su propia casa. Siempre sola. Aunque lo que jamás

hubiera imaginado, era que la realidad podría traerle sorpresas. Abraham llegó. Lo conoció en el parque. Él le habló. Todo le parecía sacado de un guion melodramático, listo para una película de bajo presupuesto. Se lo creía a medias. Alguien se fijó en ella. Lucía no creía en cuentos de hadas, y sabía que los finales felices y ese amor a primera vista sólo podía tener cabida en el universo ficticio de las películas románticas. Sus expectativas se volvieron inestables; ella prefería que fuera así. Era consciente de que muchas cosas podían salir mal, sobre todo si tenía en cuenta que, por primera vez, era la novia de alguien. Abraham parecía ser un buen sujeto; era atento con ella, recibéndola con chocolates o flores. Era un cliché en cualquier parte del mundo, pero eso a ella no le importaba, se sentía grandiosa al sentirse amada, se sentía grandiosa al dormir con él, se sentía parte de algo real, y ya no era virgen, a sus 23 años, dejó de ser una chica virgen. Su virginidad se perdió, y Abraham junto con ella. Dos semanas después de la primera relación sexual, él se fue. Buscó a otra chica, una realizada, o en proceso de realización, ya lista para pertenecer a un mundo donde el machismo menguaba, no una chica estancada, que lo mejor que pudo conseguir con la preparatoria fue trabajo como camarera en un bar donde, si bien la paga existe y es segura, no deja de recordarte que sigues siendo pobre, no deja de recordarte que es la única línea que puedes seguir de ahora en adelante.

Abraham dejó de ser parte de su vida, y cuando eso pasó, ella lloró. No lloró por él. No lloró por el hecho de que hubiera preferido irse. No lloró porque era muy posible que no fuera a tener otro hombre entre sus piernas durante un largo rato. Lloró porque sabía que ella misma no se sentía satisfecha consigo misma. Lloró porque, inconscientemente, Abraham le ayudó a darse cuenta de que no estaba realizada de ninguna forma, y tal realización, llegaría (si es que llegaba) más tarde que temprano. Sólo podía luchar según lo que pudiera permitirse. Muchas mujeres tienen la fortuna de contar con el apoyo de sus padres, algo con lo que Lucía ya no contaba, y aunque a su madre no la hubiera matado el cáncer, no habría existido apoyo de su parte. Tal vez su padre hubiera estado dispuesto a ayudar hasta que pudiera dar su último aliento, lo cual hizo al brindarle la educación básica. Desgraciadamente, la carrera de criminalística que ella quería estudiar estaba muy lejos de sus posibilidades. Por más que trabajó, por más dinero que logró juntar, no fue suficiente. Colegiaturas, pasajes del autobús, vivir sola antes de lo que hubiera deseado por el maldito egoísmo (o sadismo) de su madre. Se vio atrapada. Luego, la progenitora que nunca pareció querer demostrar que amaba a su hija, enfermó.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Estaba acabada? Quizá no. Sólo quizá no.

Tiró el té, aún caliente, por el fregadero. Realmente no le dio ni un sorbo.

“Flaca”. Ya no era capaz de sacárselo de la cabeza. Flaca. Así la molestaban en la escuela. Podías burlarte de alguien por ser gordo, eso lo

sabía, pero ahora resulta que también puedes burlarte de alguien por ser demasiado delgado. Las carcajadas del ser humano surgen, siempre y cuando, el sufrimiento sea ajeno. Creyó que podía soportar el sombrero con ese sobrenombre escrito, pero ya era demasiado. Su cerebro era una grabadora, una que alguien más tocaba y le recordaba aquello que era incapaz de callar. Alguien con un pútrido sentido del humor. Quizá era ella, quizá era su madre. Quizá estaba maldita. Quizá nunca sería capaz de olvidar todo eso. Quizá por siempre sería "flaca".

Desde hacía algunos meses, al tener presente todo eso dentro de su cabeza, las lágrimas ya no parecían querer hacer un esfuerzo por surgir y empapar sus mejillas. Eso era bueno, pero no significaba que hubiera aprendido a controlarlo, simplemente sus nervios ya estaban acostumbrados a suprimir el llanto. Que no daría por dejar de sentir esa pesadez en la nuca, en la frente, y en toda la extensión de su pecho, cuando la memoria insistía en romper la sutura de las viejas heridas que nunca han podido sanar.

Como siempre, trató de ignorarlo, trató de seguir teniendo en cuenta que el sentimiento tendría que tomarse un descanso tarde o temprano. Su memoria tendría que cansarse, y dejaría de provocarla, al menos hasta que tenga fuerzas para volver a hacer que su alma sangre. Por breves segundos, se detuvo a pensar en las almas y en el Ser Superior que las socorría. Un Ser con tendencias a la supremacía blanca y de un clasismo ultraconservador. Esa jamás fue la idea que las iglesias querían que mantuviera (más bien no querían que te dieras cuenta de que era malo), desgraciadamente, las iglesias ignoraban que la vida real es el único Dios vigente y jamás socorre a nadie; le brinda auxilio a quienes tienen suficiente dinero para darle un tributo.

-Todos tenemos almas – no se percató de que lo dijo en voz alta.

La presión bajó. La esencia de la humedad en el aire se sintió como la caricia de un ángel. Poco tardaría en sentirse tranquila, algo que ya estaba pasando. Breves momentos que podían sentirse eternos a la vez que efímeros.

Quería ver televisión. Pensó que se lo merecía, aunque lo más seguro es que el Dios de las Iglesias pensara algo distinto, porque antes de acercarse a la sala donde tenía una televisión, la luz dentro de su casa se fue. Se detuvo en seco al sentirse tragada.

-Putra madre – exclamó.

Ella no era una fiel amiga de la oscuridad, y eso no era debido a que le temiera. La oscuridad te mantiene a ciegas, no hay caminos, y si los hay, todos pueden ser equívocos, estás encerrado, y algo te domina; no eres tú, es algo. Lucía sabía que no había monstruos, nunca los hubo, la

oscuridad podía recordarle aquel aspecto que ella imaginaba que debía de tener el interior de su mente. Ahí sí había monstruos.

Al mirar por la ventana, el olor a humedad y una gruesa neblina se habían apoderado de toda la colonia. Todo carecía de luz.

-Si la pinche lluvia no estaba tan fuerte – declaró para sí misma.

Con cuidado, avanzó dando cortos pasos hasta su recámara, donde guardaba una linterna de luz amarilla. Tardó un poco en encontrarla. La encendió. Agradeció ya no estar a ciegas.

Fue hasta la cocina, donde tenía planeado quedarse, iluminada con ayuda de algunas velas a medio consumir, cuando el mismo grito que le quitó el sueño a más de un vecino (y cuyo recuerdo le robaría el sueño a todos por lo que les quedara de vida) fue interceptado por sus oídos.

Capítulo 4

CRISTOPHER

¿Podía decirse que era un niño grande? Tenía diez años, estaba solo en casa. Nadie le dijo que se quedara solo en casa. Él mismo insistió en que la soledad fuera su única compañía por unas pocas horas, mientras mamá y papá estaban fuera de casa. Eso era algo que los niños grandes hacían, porque los niños pequeños son miedosos, y se cagan por todo. El primer paso fue dejar de dormir con una minúscula lámpara que liberaba luz fría, y quedar sumido en su cuarto, sin iluminación alguna. Fue difícil. Sólo un poco. Pero un mes después, esa parte del niño que le temía a la oscuridad ya había dejado de existir dentro de su nuevo yo. ¿Qué podía faltar ahora? Quedarse solo en casa. Aquello podía no ser la gran cosa, pero por algo tiene que empezar uno.

Las manos de quien parecía ser un soldado llevaban unos guantes de cuero con las falanges recortadas y sostenían un rifle de asalto que reventaba cartuchos llenos de pólvora y plomo, destrozando los cuerpos resucitados de un cementerio, cuyas bocas carecían de labios y con las encías ensangrentadas. Se dirigían al soldado, rápidos, hambrientos. Las manos del soldado disparaban. Los zombis caían hechos añicos.

Cristopher dirigió las manos con el arma gracias al mouse de su laptop y el gatillo reaccionaba cuando presionaba el botón izquierdo.

-Pinches zombis pendejos – exclamó, dándose cuenta de la libertad de no tener a un adulto recordándote lo que no debes hacer era mejor que tener miedo de que el puto Diablo te apareciera de sorpresa. Ese cabrón tenía cosas más importantes que hacer, ¿por qué perdería su tiempo asustando a un muchachito que ya había experimentado el placer que representaba el tener una erección?

Los disparos retumbaban en sus audífonos que invadían la oreja entera. Se llevó un vaso jumbo de Coca-Cola a la boca y vació casi la mitad, tragándose dos hielos que fueron molidos por sus dientes. El crujir de las frituras machacadas también combinaba con la melodía del fuego en la computadora, mientras la quemazón de la gaseosa le corría la garganta.

No creyó que lo diría ni siquiera en voz baja nunca, pero esperaba que sus padres tardaran en volver. Era probable. Las graduaciones de los universitarios suelen ser largas (aburridas, más que nada), comida en cantidades reducidas para aparentar un estilo gourmet, y pobres vasos de refresco que debías tomar con un jodido popote. Uno de sus primos era un universitario recién egresado de alguna facultad mamona, y,

obviamente, sus padres estaban invitados. Claro, ellos eran conscientes de que nadie podría culpar a su hijo de no querer pasar toda la noche de un viernes aburriéndose en un salón. Quería a su primo, pero lo felicitaría otro día. No hubo objeción de ningún flanco.

La pantalla se enrojeció y gritos de dolor se escucharon de pronto. Pareciera ser que el soldado murió luchando contra aquellos seres infernales, los cuales lucharon lo suficiente como para ganarse su cena, al menos durante esta partida.

- ¡Coño! – gritó Chris.

Los zombis, montados unos sobre otros y con las mandíbulas fieras e imparables le preguntaban si quería continuar con ayuda de dos botones que brillaban con letras dictando SÍ o NO.

No meditaría su respuesta, claro que estaría dispuesto para una revancha. El nivel anterior ya había sido una pesadilla, y logró pasarlo al final con el suficiente esfuerzo, dedicación y estrategia. Esto no sería otra cosa más que unos cuantos zombis extras.

Antes de acceder a la petición de la máquina, fue hasta la cocina por un poco más de refresco y frituras, a sabiendas de que ya había comido demasiado y se sentía lleno; de hecho, dudaba de la capacidad actual de su cuerpo para resistir más azúcar y sal; claro que, no era algo que hubiera pensado demasiado.

Mientras se servía, contempló la calle con la capa de lluvia todavía impregnada sobre el asfalto agrietado. El gas disipándose dentro del vaso de cristal sin hielo y el olor a humedad que había ignorado durante su reñida batalla comenzaron a llenarle el pecho de una sensación de placer que no creyó pudiera conseguirse con tal combinación.

Sin embargo, la escena, por más pacífica que pudiera predecirse, pintaba para otra cosa. Christopher vio con sus ojos internos hordas incontables de zombis acechando la calle, y naciendo en el vientre nocturno de la ciudad, devorando todo aquello que sus dientes podridos, pero, de alguna manera, fuertes, tuvieran alcance de sus manos carcomidas por bacterias y parásitos que gozaban del sabor de la muerte, al igual que sus portadores. Si Christopher tuviera una escopeta, podría defenderse; ¿era tan difícil usar una? En Estados Unidos, a los niños de su edad aproximadamente, suelen regalarles armas de fuego. Escopetas, rifles, cualquier cosa capaz de ser el brazo derecho de cualquier cazador. En México, muchos papás preferían que sus hijos varones se limitaran a tener juguetes bélicos que imitaran un arma real. Era una lástima. Si en México se tuviera esa cultura la gente ya no temería tanto a la inseguridad, los ladrones temerían entrar a las casas; preferirían ahorrarse el riesgo de que les escupan plomo. Y, en caso de que una pandemia sobrenatural

asediara a Mérida, podrían estar preparados para defenderse.

Su pequeña imagen apocalíptica se detuvo cuando las luces de la casa se apagaron.

Cristopher sintió un escalofrío acariciando su espalda. Incluso sintió su pecho saltar. Posiblemente su corazón se hubiera zafado de su lugar. Apenas veía siluetas tímidas siendo ayudadas a verse por una luz vacilante de luna. Despacio, dejó las botanas sobre el comedor, el cual tenía detrás de él.

-No jodas – dijo, queriendo que su rebeldía le ayudara a sentirse valiente, como el niño grande que ya era. Los niños grandes no le temen a la oscuridad.

No podía evitar sentirse ansioso. El universo había extinguido sus luces y la oscuridad era dueña de todo lo que estuviera a su paso, como los zombis. Sus pupilas le ayudarían cuanto pudieran, no se agrandaban lo suficiente para que su visibilidad le permitiera vencer la negrura.

Sus pies no se movieron de su lugar en ningún momento, ni siquiera al dejar las botanas sobre el comedor. La gente, cuando tiene miedo, tiembla, y Christopher, no temblaba, pero su corazón luchaba por desgarrar su pecho.

-No hay monstruos, tranquilo – se dijo – Ya duermes sin lamparita, que no se te olvide. No hay nada.

Puso en duda su afirmación cuando escuchó el grito que rompió la paz aquella noche.

Capítulo 5

MAURICIO

Su primera reacción no fue miedo, sino más bien exaltación. Dio un pequeño brinco y giró la cabeza hacia una dirección equivocada al escuchar aquel grito que no parecía carecer de una distancia larga.

- ¿Qué fue eso, papá? – preguntó Alex, cuyo miedo no surgía dado que era ahuyentado por la presencia de su padre.

-Alguien gritó, hijo – procuró restarle importancia, quizá no la tenía. Luego se dio cuenta de que podía tenerla con creces cuando un segundo grito remarcó la sensación de desconcierto que, en un principio, estaba logrando desaparecer.

Ambos miraron a la ventana del cuarto del niño, la cual daba a la calle. Alex estaba encogido en su cama, abrazando casi paternalmente la pequeña sábana y sosteniendo su linterna con firmeza en la otra mano.

Un tercer grito, ahora con la agudeza de un cristal siendo rayado por un clavo, fue lo que asustó, no sólo a Alex, sino también a su padre.

-Quizá sea una fiesta – dijo Mauricio, tratando de creer lo que decía – Alguien estará borracho.

Realmente no pudo decirlo con seguridad. Dudaba que Alex lo hubiera creído, y por su rostro suplicando una explicación razonable que no recibió, estaba seguro de que el niño estaba asustado.

Los gritos se escucharon a un volumen bastante alto, no muy lejos de su casa. Sin embargo, eran chillones, y no podía detectar dureza real en ellos. Estaba seguro de que era una mujer la que gritaba.

Y no, ni siquiera estaba un poco convencido desde el principio de que se tratara de alguien bajo efectos del alcohol.

Quería pensar con una lógica que le impidiera alarmarse, pero las continuidades de los gritos no iban a permitirselo, pues continuaron. Gritos desgarradores que sólo transmitían pulsaciones en la columna. A Mauricio le sorprendía la rapidez con la que creció la incertidumbre dentro de sí. Posiblemente no fuera incertidumbre, sino terror. Sí, no convenía negárselo a sí mismo. Estaba aterrorizado. Pero no permitiría que Alex lo

notara.

- ¿Quién está gritando así de feo? – preguntó el pequeño.

-Podría ser una señora borracha, Alex.

- ¿Los borrachos gritan así?

-Algunos lo hacen.

-Se escucha lastimada.

Era cierto. Aquellos gritos parecían ser el reemplazo de las palabras de auxilio que podría emitir un ser humano.

No dejaban de escucharse. Alguien lloraba y suplicaba mediante alaridos maniacos. Pudieron empezar a fingir que no los escuchaban si no fuera por el hecho de que se intensificaron.

Mauricio se mantuvo pegado a la ventana, tratando de distinguir con su linterna algo entre la oscuridad uniforme de la calle. La inutilidad en el acto fue clara. El aro de luz se perdía con la distancia, y la negrura no se rompía.

Lo único roto era el silencio. Lo alaridos no cesaban, y los nervios de Mauricio empezaban a perder la paciencia; y enloquecieron al escuchar un segundo coro de gritos ahogados. Mauricio los escuchó claramente. Otro maniático se unió al primero para hacer la noche, ya de por sí arruinada por un apagón sin aviso de ida, aún más incómoda.

¿Incómoda? ¿Podría decir "incómoda?"

-Hay alguien más gritando – dijo el niño.

Mauricio prefirió callar y seguir tratando de ver algo a través del cristal, pero sólo podía distinguir la humedad plasmada en el aire frío de una noche con tacañas estrellas y una luna diligente, cuya labor no parecía ser suficiente para brindar la necesaria luz.

La linterna de Mauricio seguía sin rendir las cuentas esperadas. Y afuera, aquel par de coros de gritos no parecían tener intención de detenerse pronto. Mauricio no podía ignorar ninguno, pues ambos predecían orígenes escabrosos. Sin embargo, eran los que tenía más cerca los que le preocupaban de verdad.

Ya se le había ocurrido, pero no quería creer que pudiera estar pasando.

Un asalto. Una violación.

Aquellos debían ser llamados de auxilio, posiblemente alterados por algún horror todavía desconocido para todos los que los interceptaran.

-Papá – dijo Alex –, creo que están lastimando a alguien.

Era lo más obvio de deducir después de un rato.

Mauricio se alejó de la ventana.

-Quédate aquí, Alex. Voy a salir un momento. No apagues tu linterna.

El niño obedeció. Continuó abrazando la pequeña sábana.

Alguien suplicaba por medio de gritos. Mauricio desconocía la realidad que se le estaba presentando aquella noche.

¿Salir? Muy bien, ¿qué haría afuera? En definitiva, no iba a ponerse a preguntar de casa en casa en medio de la oscuridad si alguien ahí necesitaba ayuda. Sabía que algo andaba mal, pero no era ningún detective, ni ningún hombre de acción. Estaba algo asustado, claro. Sin embargo, consideraba que demostrarle a Alex que esconderte mientras otra persona requiere de socorro era una idea errónea. Mauricio quizá no resolvería nada, quizá no fuera él la respuesta para lo que estuviera ocurriendo ahí afuera. Aunque nunca estaría de más intentarlo.

Carolina lo hubiera aprobado.

Salió de la casa.

Cerró la puerta con llave.

Capítulo 6

LUCÍA

Estaba segura de que fue un grito, y eso no era raro. ¿Podía serlo en una colonia donde un porcentaje considerable de los vecinos ingerían alcohol? No lo era para nada. A tres cuadras de su casa vivía una familia de Tabasco que no dejaba de escuchar reggaetón incluso entre semana, y no era ni la primera, segunda, tercera o cuarta vez que se reencontraba con la experiencia de escuchar gemidos o gritos de ebrios; era la misa de cada semana y la cantidad de veces podía llegar a las tres cifras, quizá.

Lucía se estaba acercando a la ventana de la sala cuando escuchó el segundo grito. Hubiera seguido pensando en exceso de alcohol si no fuera porque sintió atravesada la espalda por un tímido escalofrío. El segundo alarido resultó ser más grueso y certero que el primero, sin mencionar los otros gritos más apagados que se escuchaban a lo lejos (no demasiado lejos). La situación parecía salirse de la normalidad. Le costaba trabajo a Lucía pensar en borrachos.

Un tercer grito fue lo que la convenció de que la noche ya se había tornado aterradora.

¿Era cosa suya? ¿Exageraba la situación? Pensó que sí. Pensó en la euforia y en lo que la gente puede llegar a hacer bajo sus efectos, sólo que aquello carecía de una euforia positiva o alegre. Ya no pudo pensar más con todos los gritos a su alrededor.

- ¿Qué mierda es eso? – dijo en voz alta.

Ya podía sentir en el pecho a su corazón danzando sin compás o ritmo.

Entre el cacofónico ambiente, sólo podía sentirse indefensa. Algo aullaba afuera, y tales aullidos poseían un atroz significado. Estaba segura de eso. Los sonidos habían perdido cualquier indicio que marcara el camino a una fuente de matices agradables. Había una persona gritando, pidiendo ayuda probablemente, pero aquel aire maniaco y violento captado por los tímpanos hacía que las neuronas saltaran.

Lucía hubiera preferido sólo quedarse en la ventana tratando de indagar el origen de los gritos de no ser porque ahora los tenía más cerca que antes. Sus oídos le advirtieron que la fuente estaba a pocos pasos detrás suyo.

Giró inmediatamente, teniendo de frente la oscuridad que impregnaba su

hogar.

-¿Hola? – dijo, pero no estaba segura de por qué.

Ahora ya no conseguía moverse. La cercanía de los alaridos ahora se notaba mucho más aguda, rompiendo la distancia lejana que poseían con Lucía.

Lo dedujo fácil.

Quien gritaba, ahora lo hacía justo en la parte trasera de su casa.

Le hubiera gustado creer que la percepción creaba un falso acercamiento. Tal posibilidad se esfumó cuando escuchó que golpearon la ventana de la cocina.

- ¡Dios! – exclamó.

Se arrepintió al instante. Ahora, quien sea que emitiera el ruido, sabía que aquella casa no estaba sola.

Las extremidades de Lucía se negaban a moverse, y ella hubiera preferido que así siguiera. Un solo movimiento podría delatarla.

Aquellos gritos psicóticos continuaron, y a lejos, podía escuchar más. Siguieron golpeando la ventana de la cocina.

Odiaba la idea de moverse de su tan seguro rincón entre la negrura y su ventana. Y aunque sostenía la linterna en la mano, alumbrar ese punto exacto podría significar descubrir lo que moraría en sus pesadillas por los siguientes días de su vida.

-¡AAAAAAHHHHHHUUUUUUUUAAAAAADDDAA! – escuchó justo detrás del cristal de la cocina.

Soltó un ligero gemido, ahogado por sus tensos nervios, paralizados de los pies a la cabeza. Lucía tenía las piernas torcidas y quería llorar. La luz de la linterna bailaba con un temblor descompasado en el techo. El temblor en su ser se extendió hasta su quijada, la cual azotaba cruelmente sus dientes superiores.

-Por favor, vete – dijo, apenas soltando oxígeno.

El cristal de la cocina explotó. La melodía cruel del vidrio convirtiéndose en añicos amorfos invadió de manera fugaz la casa.

- ¡DIOS MÍO, NO!

La linterna cayó suelo. Lucía se encogió ahí mismo, y se derrumbó, añadiendo sus propios gritos a la orquesta ya presente.

Se quedó bajo el marco de la ventana de la sala, cubriéndose la cara, con los ojos bien cerrados. Carecería de sentido dado que, incluso abiertos, ella jamás podría ver otra cosa que no fuera iluminada por su linterna que ahora rodaba en el piso, alumbrando fracciones de la casa y los restos del cristal muerto.

Un nauseabundo alarido se apropió de los tímpanos de Lucía, y ahora su estómago se corroía con ácido. El pecho le quemaba por dentro.

Los gritos. Los malditos gritos. Estaban ahí, y quien sea que los emitiera podía acortar cualquier distancia ahora que la ventana no existía.

-¡Aléjate! – gritó mientras sus jadeos controlaban su respiración.

Gemía y lloraba, y el ser animalesco de ahí afuera ya no tendría problema con encontrarla si así lo deseara.

Los alaridos no cesaron. Pero ahora se oían apagados. Más lejos.

Lucía ya estaba maquinando los ficticios sonidos de los pasos del ser en su cabeza, aplastando los fragmentos del vidrio, haciendo que la atmósfera crujiera. Ya podía sentirlo justo enfrente de ella, viéndola, y albergando en su mirada cualquier intención lejana a la benevolencia. Sus ojos serían imperceptibles, y ella jamás podría verlo, pero sabría que ahí estaría, gozando de ver a su presa hecha un ovillo, todo como parte de algún tipo de juego sexual enfermo, quizá.

Tal cosa no pasó.

Sólo quedó Lucía en su casa, con los gritos alejándose.

Se tocó la entrepierna para asegurarse que no se hubiera orinado encima.

Capítulo 7

CRISTOPHER

Después del segundo grito, ya estaba asustado. Sólo se movió de su segura posición a lado del comedor porque debía hacerlo; no iba a quedarse así toda la noche. El primer alarido lo sobresaltó un poco, a lo mucho; fue el segundo el cual le permitió asustarse.

Caminó despacio hasta la ventana de la cocina, tanteando el piso como si fuera a hundirse si pisaba muy fuerte.

Cosquillas inquietas perturbaban su espalda y su nuca se erizó. Tenía la calle tragada por la noche justo enfrente de él y le era casi imposible no imaginar a alguien observándolo justo detrás suyo. Una mano. Un par de manos. Lo sujetarían de los hombros, sin previo aviso, y luego... pasaría algo. Lo cierto era que no estaba a punto de pasar nada detrás de él. Sabía perfectamente que eran maquinaciones de su mente. Era una lástima que no pudiera imaginar algo positivo teniendo todos esos gritos presentes.

Cristopher rebuscó de manera inútil entre la poco distinguible acera, pero apenas lograban dibujarse siluetas. Sabía dónde guardaba su padre una linterna azul. Si se aproximaba a la recámara de sus padres, en el buró, la encontraría. Desgraciadamente, el miedo a la oscura nada volvió a hacerlo su víctima.

Aunque eran migajas, no escaseaba un poco de iluminación a través de la ventana, y Cris prefirió quedarse ahí por un momento.

Los gritos. No cesaban.

Ya no era un niño grande. Ya no quería serlo. Quería, pero le era imposible en ese momento. Aquello que aullaba afuera consiguió su objetivo si lo que quería era tenerlo muerto de miedo, en medio de la pesada negrura.

No pensó en zombis. Incluso a su edad, estaba consciente de que no existían. Y eso era lo peor. Los horrores de la vida real nunca podrán hacerle competencia a un guion de Hollywood, sin importar su precio.

Ahí afuera pasaba algo que Christopher no podía ver. Aquellos horribles desgarres a la atmósfera querían decir a quien sea que estuviera

escuchando que tuviera miedo, mucho miedo.

Súplicas ininteligibles. Eso fue lo único que Christopher pudo pensar.

Aunque quizá lo mejor, hubiera sido ya no pensar nada. Decidió tratar de no concentrarse en el miedo, y dejar que su cuerpo no fuera nada más que un autómata recién programado. Se alejó de la ventana. La casa no era tan grande, podía dirigirse a la recámara de sus padres y sacar la linterna, lo cual hizo, pero no fue una tarea fácil. Ni siquiera sabía dónde demonios ponía las manos. Pareciera que sus ojos estaban cerrados siempre, porque sin importar que los abriera, no servían de nada.

No hay nada, no hay nada, no hay nada. Se lo repetía sin parar.

Los gritos se escuchaban ahogados.

Seguía pensando, seguía imaginando cosas que formaban por sí mismas, sin su permiso, imágenes feas, tan atroces como fugaces. Sentía como si le hubieran mostrado una galería de fotografías escabrosas, llenas de sangre, violencia que fue prolongada más de lo debido y una miseria cruel, pero era como si no pudiera recordarlas, sólo sabía que las había visto.

Aunque Cris no sabía que ya no tendría que controlar su mente de ideas desagradables nunca más, ya no tendría que dejarle la tarea a su cerebro, porque ahora, el guionista de las películas de terror del mundo real decidió escogerlo como su siguiente personaje principal.

Él lo hubiera pensado de esa manera si tuviera un futuro; desgraciadamente, cuando escuchó la puerta de la entrada principal abriéndose con la paciencia de un ser humano al otro lado, ya estaba claro que el futuro no brillaría para él.

Christopher se quedó quieto, y ahora, definitivamente estaba temblando. Su quijada bailaba una danza macabra y una lágrima huyó a través de su mejilla.

-Por favor, no – dijo para sí, ahogando su propia voz.

Quería decir: ¿mamá?, ¿papá?

No eran ellos, y no tenía caso que se mintiera. No eran ellos.

Los gritos seguían a los lejos, y unos rítmicos pasos pesados se acercaron cada vez más.

Capítulo 8

LUCÍA

Se levantó del suelo con mucho cuidado, usando la pared como soporte, dado que sus piernas parecían haber desaparecido. Poseía extremidades de aire ahora, cuyas terminaciones nerviosas bien podrían estar muertas.

Le alegraba seguir viva, y no haberse orinado encima. Sólo le faltaba lograr que su corazón recuperara su ritmo normal, pero no sería fácil para nada. Su pecho aún le quemaba.

La desaparición de todo el universo a su alrededor quedaba compasada con su fisiología casi alterada, mientras su mente caía como una pluma siendo atraída por la suave mano de la gravedad, en un descender lento y carente de cualquier prisa; y la pluma cae, meciéndose en el aire hasta aterrizar en un lago de un infinito negro que la socorre.

Lucía soltó una bocanada de aire, sin darse cuenta del vacío al cual pertenecía en aquellos momentos subsecuentes al horror más grande que había vivido, aquel horror que la arrebató del mundo real y la metió a una dimensión sin superficie, rodeada de una nada macabra e impregnada de un ambiente voraz, sin saciedad prometida.

-¡Lucía! – escuchó su nombre, lo cual ayudó a que su mente pudiera darse cuenta que el mundo, al final de cuentas, seguía ahí con ella.

Miró por la ventana de la sala. Pudo ver una silueta acercarse. No tuvo miedo. Casi se sobresaltaba de nuevo, pero no pasó nada. Conocía la voz que la llamó y a la persona a que pertenecía, quien era la misma que se aproximaba.

Era Nadia, su vecina de la misma edad que ella, quien sostenía una linterna en su mano derecha.

-Lucía, ¿te encuentras bien? - La luz pálida de la linterna de Nadia iluminó el rostro inexpresivo de Lucía a través de la ventana.

No tuvo respuesta, lo cual podía ser una pista de cómo estaba la situación dentro de la casa.

-Lucía, abre la puerta – volvió a decir Nadia.

Se quedó contemplando el rayo blanco de la linterna unos pocos minutos más. Caminó hasta la puerta, sin saber si movía las piernas o si estaba

flotando. La abrió muy despacio.

Ahora, Nadia la miró frente a frente.

-¿Qué ocurrió, Lucía? – preguntó, preocupada – Escuchamos ruidos, y gritos, unos gritos horribles. Luego, escuchamos cristales rompiéndose desde aquí, ¿te encuentras bien?

Escuchó todo lo que Nadia dijo, aunque no sabía si realmente lo había comprendido; el trance apenas estaba apagándose, y la realidad parecía ser de pronto una mala alucinación que ya era necesario que se diluyera.

Articuló unas palabras como pudo.

-Alguien... - dijo "alguien", suponiendo que el Diablo mismo no hubiera sido el que decidió matarla del susto aquella noche -. Alguien rompió la ventana de mi cocina – una pausa -. Alguien gritaba. Rompieron mi ventana.

Nadia entró a la casa con una expresión que a ni una sola persona le hubiera hecho dudar de que su vecina estaba saliendo de un estado de shock que sólo podrían experimentar en pesadillas.

La luz de la linterna alumbró los restos de la ventana hecha añicos.

-¡Dios Santo! – exclamó, con las facciones fruncidas.

Lucía permaneció de pie, sin dejar de mirar la escena de la cocina. Ya no lo sentía como una pesadilla, sino como un recuerdo horrendo, y ahora pareciera que pasó hace años.

El mundo regresó a su lugar y a su posición.

No.

Ella lo hizo; ella volvió al mundo oscuro, a su posición bañada de sombras y cristales rotos. Su corazón latía con la firmeza de siempre, a un ritmo que no intentaba reventarle el pecho.

-No sé qué está pasando aquí. – volvió su rostro hacia Lucía - Has escuchado los gritos, ¿verdad?

Lucía asintió, sin decir una palabra.

Nadia volvió a ver los cristales en el piso.

-No voy a mentirte, Lucía. Tengo miedo. Ya le hablaron a la policía, pero los hijos de su puta madre no llegan. La jodida Comisión tiene todas las

líneas ocupadas.

Se quedaron mirando a la ventana muerta como si algo en sus piezas esparcidas diera indicios de un amanecer tan oscuro como la noche en la que estaban sumidas, sólo que su oscuridad sería peor, porque estaba vez podría estar entre la misma luz.

-Hay algo ahí afuera, Nadia. – dijo por fin Lucía – Hay algo ahí afuera.

Nadia prefirió responder con silencio, sin mirarla a ella.

Por la ventana, en la calle, varios resplandores de luz bailaban con ausencia de un compás marcado. Más vecinos debieron salir a ver lo que estaba ocurriendo.

- ¿Quieres quedarte con Daniel y conmigo un rato? Puedes dormir en nuestra casa si quieres.

Miró a Nadia, y, lentamente, asintió, sin mover mucho la cabeza. Pensar en dormir sola, en lo que pudo haber sido “la casa donde se cometió un asesinato”, no era algo que le produjera mucha gracia. Fue víctima de la noche, una noche insaciable, hambrienta de terror, y su casa fue, probablemente, el platillo principal.

Nadia jamás podría enterarse de todos los elogios que tendría Lucía hacia ella y a su esposo por todo lo que le quedara de vida.

De pronto, ambas parecieron percatarse de algo.

El silencio reinaba junto con la negrura.

Nadie gritaba.

Capítulo 9

Pasaron varias horas. Ningún vecino volvió a escuchar nada. Ningún vecino vio la luz volver. La policía llegó, hablaron un poco, prometiendo dar unas cuantas vueltas por la zona para tratar de averiguar qué era lo que ocurría.

Su búsqueda fue tan inútil como pedir que la luz volviera, porque no lo hizo hasta que amaneció.

Capítulo 10

MAURICIO

Cuando abrió los ojos, el día le daba la bienvenida a través de la ventana, dejando entrar a la habitación de Alex una luz blanca y brillante.

Ya no tenía tanto sueño, y no le costó ni un poco de esfuerzo levantarse de la hamaca que había colocado para dormir en la misma habitación que el niño, quien todavía estaba adentrado en sus sueños, acurrucado en un rincón de la cama, abrazando una mantita que servía más de oso de peluche que como cobertor.

Mauricio no se preguntó cómo era posible que se hubiera levantado con tanta facilidad a la mañana siguiente, sin ser víctima del cansancio natural de cualquier mañana. Había dormido muy poco; incluso recordaba haberse levantado entre intervalos de tiempo que no habían durado ni una hora completa de sueño, y, aunque volvía a cerrar los ojos con rapidez, cuando miraba su reloj que iluminaba la hora con ayuda de una lucecita verde integrada en la muñeca pareciera ser que el tiempo desaparecía, porque antes de poder notarlo, el sol ya había salido. La noche duró lo que tenía que durar, pero antes de darse cuenta, el tiempo se perdió en un vacío sin fondo para darle lugar al día, que apareció con la misma velocidad con la cual corren los fotogramas en una sala de cine.

Y nada de eso parecía hacerle sentir cansado. Porque era cierto que Mauricio no quería dormir. No quería más oscuridad. Añoraba la luz, y volver a sentir el mundo a su alrededor, volver a sentir que el universo existía. Añoró sentir su propia existencia. Ahora todo era tangible, todo estaba ahí, nada había desaparecido y el lobo había decidido irse para tragarse otro mundo, quizá.

Y ya nadie gritaba.

La oscuridad perpetua de la noche anterior no fue lo primero en lo que pensó una vez de pie, sino en aquellos gritos salidos de la profundidad de alguno de los círculos ya definidos del maldito infierno. El apagón realmente carecía de importancia, no era la primera vez que tenía que dormir sin compañía de la electricidad. El ambiente se puso pesado cuando los alaridos comenzaron. Jamás se le olvidaría la imagen que tenía de sí mismo recostado en la hamaca, tratando de visualizar lo que pudiera haber pasado ahí afuera, en algún lugar, a una distancia generosa. La locura debió apoderarse de alguien, cuya mente había sido rota en un punto de su vida durante la noche. Sí, de eso no cabía duda. Los gritos impregnaron la noche de demencia, y de un estado de delirio que se

contagió a más de uno, como un virus. Y Mauricio se había contagiado, porque ya nada parecía más importante que tratar de encontrar el origen de lo que ocurrió. Y era horrible, porque su lógica y su imaginación correrían sin parar por un laberinto cuyo final no existía, que cambiaba sus caminos siempre, porque no importaba cuanto se esforzara Mauricio. La respuesta nunca estaría en su cabeza.

Sólo la oscuridad sabía lo que pasó.

Capítulo 11

LUCÍA

Se despertó sin dificultad alguna cuando Nadia la sacudía del hombro; y en el rostro de la mujer, las palabras se atoraban en su garganta, y su rostro parecía gritar más fuerte, pintando con una pálida máscara que podía estar fría si le tocabas la cara. La imagen no hizo nada más robarle el poco sueño que todavía poseía Lucía.

-Nadia, ¿qué ocurre?

Ella no dijo nada al instante.

-Creo... - comenzó a decir -. Creo que ya sabemos lo que pasó.

Capítulo 12

La luz del día por fin había llegado para todos, cubierto por una celosa capa de nubes que decidieron robarle el cielo al sol. Todo parecía ser opaco y sin vida.

Nada brillaba afuera excepto las sirenas de las patrullas de policía, estacionadas en frente de la casa de Christopher.

Oficiales de policía que portaban un uniforme quizá más negro que su conciencia insistían mediante gritos y unos pocos insultos a todos los vecinos amontados que se alejaran. En la colonia, todos verían a la multitud de gente, contemplando un horror que los acompañaría hasta la cama por siempre. Posiblemente, los policías también tendrían problemas para conciliar el sueño aquella noche, porque un horror sigue siendo un horror; un boxeador no se vuelve inmune al dolor, sólo se acostumbra a él. Y se lo contarían a sus esposas en la noche, o en la mañana después de una ronda nocturna, les dirían lo que vieron ese día, el día después de uno de los apagones más largos en la ciudad de Mérida, y sólo podrán pensar que deben volver al trabajo al día siguiente.

Los periodistas pertenecientes a periódicos sedientos de sangre fresca no tardaron demasiado en llegar para fotografiar a los dos cadáveres con el cuello cortado tirados en el patio de la casa.

Las fotografías poco después revelarían la imagen de un hombre y una mujer, sin una sola prenda de ropa que cubriera su piel desnuda. No vestían con nada que no fuera tierra y otros manchones de una suciedad viscosa y de color negro. El hombre tenía los genitales magullados, con un testículo deforme, el cual ya ni siquiera podía ser nombrado como testículo sino más bien como una "masa de carne" que pareciera haber sido creada por la cruel y continua presión de unas pinzas. La punta de su pene tenía el mismo tipo de aspecto; la misma mano sádica realizó la tarea de infligir tanto dolor como pudiera con un instrumento que, dada la falta de limpieza del corte, no fue diseñada para cortar nada. Además, el hombre presentaba raspaduras con varios trozos de vidrio clavados en las manos y antebrazos, pero no parecían ser señales de tortura, sino más bien parecía que golpeó violentamente una ventana.

El cuerpo de la mujer también mostraba un ataque con saña en los genitales. Los labios vaginales no se veían dañados, porque ya no tenía labios vaginales, se los extirparon torpemente, con una técnica alejada del pulso de cirujano que poseía la muñeca de Jack El Destripador. Varios moretones, tan grades como un pie, habitaban en el abdomen.

Había unas cuantas cosas que los occisos compartían aparte de ser occisos. A ambos les extirparon los ojos y la lengua. En su sistema se

encontraron rastros de una droga extraña.

Eran esposos. Se llamaban Erick y Aurelia Piñeda. Tenían un hijo llamado Christopher.

Y si las fotografías ya obtenidas por los reporteros amarillistas en el exterior de la ahora maldita casa no eran suficientes para saciar la sed de morbo de los ciudadanos, podían entrar a la vivienda a ver el cadáver del pequeño Christopher, amarrado de pies y manos, y con la cara convertida en algo no parecido a un ser humano. Sin ojos, sin nariz, sin lengua y con el cuello rebanado, usando de almohada una asquerosa y extensa mancha de sangre. Tenía un moretón gigantesco en el estómago y su cráneo mostraba una contusión. Sus deditos estaban torcidos, porque estaban rotos en múltiples puntos cada uno de los diez dedos en total.

La noticia ocupó primera plana.

Capítulo 13

MAURICIO

Ya llevaba tres calmantes, y su sistema nervioso había mandado a la mierda a cada uno de ellos. Fue entonces cuando comenzó a pensar que la adicción no la causan los calmantes, sino la insaciable esperanza de que funcionen; a eso es a lo que uno se vuelve adicto, a la esperanza, a la puta esperanza de que una cápsula de colores chillones o una tabletita blanca que al aplastarse con los dientes tiene el sabor de un maldito retrete, te pueda hacer sentir como una persona relajada nuevamente.

Mauricio parecía estar a punto de volverse un farmacodependiente de esas mierdas, lo cual era alarmante al recordar que apenas habían pasado cuatro días desde el apagón, y no fue sino dos días después que comenzó a tomarlos.

Si los compraste en la jodida farmacia de los descuentos, imbécil, se dijo a sí mismo, ¿qué esperabas?

¿Quería resultados? Bueno, quizá el permiso previamente firmado por un costoso psiquiatra, para que Mauricio fuera por un costoso medicamento, para unas costosas terapias, serían muy útiles y le facilitarían la tarea de calmar sus crispantes nervios.

Pero ya no tenía manera alguna de jugar a ser burgués. Sólo podía esperar que los placebos color cemento de las farmacias de descuento fingieran que servían de algo para que así él pudiera fingir también.

Creo que ni siquiera son calmantes. No, idiota, no lo son. Esos son drogas, drogas duras, drogas caras.

Hubiera deseado no tener esa necesidad, pero las noches de insomnio comenzaban a ser un problema, uno que se hacía visible todas las mañanas, en el trabajo, al notar sus sentidos poco afilados.

Y ya no sabía qué hacer, porque incluso durante el día, no paraba de pensar en lo que le ocurrió a los Piñeda.

Esas cosas las ves en las películas de terror, en los guiones baratos que tratan de saciar la sed de sangre que un ser humano común desearía desear derramar; lees novelas de horror y te imaginas la sangre fluyendo, siendo despojada de las venas vivientes de algún pobre personaje destinado a ser nada más que un cadáver. No eres tonto, ni ingenuo y recuerdas el mundo en el que vives, y sólo sabes que las cosas más retorcidas únicamente le ocurren a los demás, nunca a ti, nunca cerca de ti, porque no pueden pasar cerca de ti, porque no puedes saber que

vivirás el resto de tu vida preguntándote cómo hubiera sido si tales cosas retorcidas te hubieran tocado a ti.

Ese era el universo de Mauricio cuatro días después de haber leído el destino de los Piñeda, quienes vivían a unas pocas cuadras de su hogar.

En su cabeza, todo pensamiento se extinguió para dejarlo verse a sí mismo sumergido en la oscuridad, sin saber que a un maniaco se le ocurriría pasar a su casa para sacarle las tripas.

No dejaba de ver a Alex sin ojos y sin lengua en sus pesadillas, las cuales comenzaron poco después.

Era doloroso ver lo débil que era, y se avergonzaba de sí mismo por permitir que un suceso así lo afectara de tal manera. ¿Dónde quedó esa fuerza que Alex alimentaba? Su peor temor surgió al considerar que pudo haberse extinguido para siempre. ¿Lo permitiría?

Ya era de día, había luz, electricidad en su casa. Y, aun así, no dejaba de estar oscuro. Oscuridad en la luz. Oscuridad dentro de él. Oscuridad dentro de todos.

Alex hacía su tarea. Jamás se enteró de lo que Mauricio sí. Y jamás se enteraría.

Capítulo 14

LUCÍA

Estaba enferma sin duda, pero ningún virus se movía por su cuerpo ni era portadora de una infección bacteriana, y lo único bueno que puedes verles a ambas situaciones es que existen medicinas.

Lucía estaba enferma. Eso fue lo que dijo en su trabajo hace cuatro días. Sabía perfectamente que lo mejor era mencionar que tenía gripe, o una fiebre muy fuerte que no desaparecería por el simple hecho de ignorarla. Le creyeron, pero para el quinto día ya debían de pensar que Lucía estaba más grave de lo que parecía.

Ojalá fuera fiebre.

Lo primero que hizo poco después de aquella noche fue comprar otra ventana y mandar a poner barrotes en todas las demás, sin importarle que tuviera que comer puro pan en la quincena. Ya había contratado a un herrero, que pronto le tendría el trabajo listo.

Usó toneladas de cinta adhesiva para improvisar una medida de seguridad que daba pena a con sólo verla, y daba igual si con eso el exterior quedaba fuera de su vista.

Durante las noches en las cuales parecía haber olvidado cómo dormir, los cadáveres de los Piñeda estaban instalados en su cabeza como un tatuaje a la espalda. Y aunque sabe que jamás olvidará la escena, por alguna razón, todavía se pregunta si será posible no pensar en eso el día de mañana. ¿Tendría que trabajar con esa angustia? ¿podría hacerlo?

Un asesinato es casi un fenómeno natural, con la diferencia de que te preparas únicamente cuando ya ocurrió. Los tornados y los huracanes dejaron de ser visitantes inesperados para convertirse en viajeros que ves venir a kilómetros de distancia, y quizás en el futuro se inventarán dispositivos capaces de saber cuándo la mente de una persona maquina algo sólo puede traer miseria a terceros. El asesinato es aquel huracán que inundó un pueblo, o el tornado que devoró las viviendas y los recuerdos de las familias ahí asentadas; es un desastre natural. Todos se preparan, todos revisan si cerraron bien sus puertas y sus ventanas, todos se aseguran de que su cerradura sea de buena calidad, todos compran una o dos cerraduras de más para instalar en la entrada principal, todos empiezan a comprar armas o a dormir con un pequeño cuchillo de cocina bajo su almohada; eso último era lo que Lucía hacía, antes de irse a la cama, aunque no durmiera mucho. De hecho, las primeras dos noches

posteriores al asesinato, el cuchillo ni siquiera experimentó el estar reposando bajo una almohada, porque la mayor parte del tiempo estuvo siendo sostenido por la mano derecha de Lucía, que atoraba la puerta de su dormitorio con un mueble además del cerrojo.

¿Era ridículo? Ni siquiera pensaba en eso. Sólo pensaba que los Piñeda no se merecían eso, y menos el niño, quien nunca le hizo daño a nadie, pero no fue eso lo que arrebató el sueño de sus noches, ni haber presenciado lo que pudo haber sido el señor Piñeda detrás de su ventana, intentando pedir ayuda a gritos dado que no tenía lengua para suplicar, o tan siquiera ojos que pudieran darse cuenta de que estaba aterrorizando a una joven que jamás podría ayudarlo.

Lo que realmente la hacía no cerrar los ojos era saber que en ninguna de las noticias que salió, hubieran dicho que atraparon al responsable. De ser cierto, el terror apenas había iniciado, porque había alguien ahí afuera, con la crueldad y paciencia necesarias para asesinar a una familia completa con la pasión de un pintor contemplando un cuadro recién terminado.

Un artista que quería que los residentes de una colonia entera fueran testigos de cómo dos individuos torturados e incomunicados trataban de pedir ayuda, sólo para terminar matándolos antes de que alguien los encontrara.

Lucía regresaría mañana al trabajo, pero no sabía si quería volver a casa.

Capítulo 15

El clima de Mérida siempre le había parecido placentero. Cálido, tropical. El calor no lo incomodaba, era un hombre de aguante, y le encantaba el calor.

En el quinto día posterior al asesinato, se preguntaba si los vecinos de la colonia recordarían lo sucedido por siempre. Estaba seguro de que sí, nadie nunca olvidaba, nadie nunca lo había hecho, y ni que decir de Mérida, donde nunca debe pasar nada malo porque vives en la Ciudad Blanca, una ciudad hermosa, por cierto, y la cual le encantaba.

Caminaba por la acera, bajo un sol rodeado de un despejado manto azul, mientras contemplaba las grietas monstruosas en el concreto y las mujeres feas que pasaban junto a él. Los niños jugaban con pelotas por lo general, pero desde el asesinato, los niños escaseaban a la vista. No era para menos y lo sabía.

Cruzó la calle, en la cual no transitaba ni un solo vehículo de momento.

Pasó junto a la casa de la mujer a la cual le rompieron la ventana. Si no le fallaba la memoria, se llamaba Lucía, una chica linda. Muy delgada pero bonita. Nunca la había visto con nadie así que suponía que debía ser soltera.

Pensó en invitarla a salir, aunque quizá lo mejor sería esperar a que el susto se le pasara.

Entonces, recordó al tipo que vivía a algunas cuadras de la casa de la chica, el tipo que tenía un hijito.

El hombre era viudo, se llamaba Mauricio. No tenía ni idea de cómo se llamaba el pequeño.

Cuando pensó en matarlos a ellos, se preguntó si igual causarían el suficiente impacto como lo de los Piñeda. Supuso que no, puesto que de por sí eran una familia incompleta.

Por lo general, prefería a familias bien formadas, con los eslabones que la sociedad dicta que deben formar una familia.

Los Piñeda eran felices, y él no odiaba a las personas felices; de hecho, él mismo tuvo una infancia muy feliz. No fue sino hasta que entró en la adolescencia que experimentó ese extraño cambio en su personalidad, aquel que acogió sin titubeo alguno y que le permitió descubrir que sentía

satisfacción en causar dolor a otras personas.

La felicidad es bella, pero la vida es una pintura en blanco y negro; una balanza que necesita de equilibrio. Faltaba equilibrio en la colonia, así que decidió usar al joven Christopher y a sus padres para formar el balance perfecto, al menos por un tiempo.

Lo cierto era que era una familia conformada por puros maricas. El padre se orinó encima cuando le cortó el pito y la madre se orinó y se cagó, y eso que ni siquiera había comenzado a arrancarle los labios vaginales con los caimanes. Pensó en usar una batería para autos, pero prefirió no hacerlo. Por lo general improvisaba las torturas, salvo una que otra ocasión, si se sentía inspirado.

Lo mejor fue tener a todos muertos de miedo por los gritos de los padres. El apagón fue un regalo sacado del mismísimo infierno. Decidió aprovecharlo. Nunca había jugado a lo de esa noche. Fue divertido.

Ahora quizá estaría en Mérida unos días. Mataría a una o dos mujeres para pasar el rato solamente, o tal vez invitaría a algún homosexual a su casa para sacarle los ojos con los pulgares, como la última vez que fue a la Ciudad de México. Eso último lo dudó, puesto que realmente no era homofóbico. Aunque tampoco descartó la idea.

Soltó una risita ligera al acordarse de cuando mató a un transgénero en Campeche. Lo chistoso era que esa vez estaba indeciso sobre si asesinar a una mujer o a un hombre, y cuando mató al tipo, creía que era una mujer. Dos por uno.

Luego iría a Cancún, trabajaría ahí unos meses.

Sintió calor. Decidió regresar a su casa.

No volvió a casa de los Piñeda. No era su estilo "regresar a contemplar su obra" en realidad.

Mérida era preciosa. Le encantaba. Regresaría.

Lo haría.

Y todos lo sabrían.

-Pensaré en ti, Christopher – dijo para sí, antes de perderse en la nueva oscuridad que él mismo había creado.

FIN